



VI CENTENARIO DEL HALLAZGO DE LA IMAGEN DE LA VIRGEN DE LAS NIEVES

Aspe, 9 de agosto de 2018

Queridos hermanos: es fácil ser conscientes del significado especial de esta celebración de la Eucaristía, en el día preciso que celebramos los Seiscientos años del hallazgo de la Imagen de la Santísima Virgen en el Templo de Hondón de las Nieves, en aquel día 9 de Agosto de 1418; un día que puede parecer anclado en la lejanía, pero que ha llegado hasta nosotros en el seno de una tradición felizmente recogida y brillantemente transmitida y vivida por esta comunidad.

Hasta nosotros han llegado, como prueba de esto, los recuerdos y los ecos del V Centenario, su celebración encontró adecuado colofón en la petición histórica “atendida por el Papa Benedicto XV al recoger y asumir el ferviente deseo de los aspenses canalizado por sus autoridades –Alcaldes don Francisco Alcaraz Pavia y Cura Regente don Federico Picó- y refrendado por el Obispo de la Diócesis don Ramón Plaza Blanco, proclamando ‘Patrona de Aspe, a la Santísima Virgen de las Nieves’ “. (Vicente Galván Anguiniano, La Serranica 2016, p.32).

Este VI Centenario ha estado, y está, todo él enmarcado en el Año Jubilar que nos ha concedido el Papa Francisco, una gran ocasión de misericordia y gracia divinas que nos ofrece el Señor para cada uno de nosotros y para nuestros difuntos, y que aún podemos lucrar. Dentro de este Año de Gracia hemos realizado la Visita Pastoral a vuestros Templos jubilares y comunidades, y hemos declarado Santuario Mariano Diocesano a la que es la casa de diario de nuestra Virgen de las Nieves en Hondón. Gestos de nuestra Diócesis que se unen al río de actos y celebraciones con las que habéis honrado en este Año Jubilar a nuestra Madre. Personalmente, todavía estoy bajo la impresión de la Entrada de la Virgen, el pasado día 3, especialmente su llegad a la Plaza Mayor en un ambiente inenarrable,

atravesado por el fervor del Himno “Miradla”, y su posterior ingreso en la Basílica. Sencillamente, inolvidable.

Todo esto, que es mucho y muy valioso, en los tiempos recios que corren, no debería hacernos que nos quedemos sólo con los festejos externos, sino, por una parte, llegar a ver por debajo de la superficie de los actos y del fervor, y descubrir la obra profunda de la misericordia de Dios en nuestra fe y amor a la Virgen, recordando, sobre todo en un día como éste, con fuerte cariño y gratitud a vuestros padres, abuelos, catequistas... a todos quienes fueron instrumentos y mediaciones para mirar de este modo a la Virgen de las Nieves y que os llevaron a Ella. Y, por otra parte, procede tomar conciencia de que hoy sois vosotros los llamados a ser los instrumentos y mediaciones, de esa fe cristiana y esa devoción, hacia vuestros hijos y nietos, hacia quienes os rodean, y quienes os sucedan; y ser conscientes del gran reto, del hermoso reto, que tenéis que cumplir como misión en las presentes circunstancias históricas: Que no se detenga en vosotros o se difumina y desnaturalice este río de fe y de amor que viene de hace siglos. Hermosísima herencia desde aquellos hijos de Aspe (que incluía los Hondones), y que debéis valorar, cuidar y transmitir.

Que esta celebración nos despierte, nos conciencie y nos llene de ansias de ser lo que debemos ser; de salir hacia el futuro, hacia lo que está por venir, hacia las necesidades, como nos enseña María; una Madre capaz de esperar y peregrinar, como vemos en la imagen de la Virgen de las Nieves, como hemos visto, ahora mismo, en el Evangelio de S. Lucas.

El Evangelio de la Visitación, que acabamos de escuchar, nos muestra la rapidez con la que María responde al Señor, poniendo en práctica esa misericordia que Ella había acogido primero en su interior.

María había sabido por el ángel la noticia del embarazo de Isabel. Quien escucha el Evangelio no espera, desecha su comodidad, ve la necesidad de salir. Isabel era anciana y su embarazo no era fácil. El Evangelio hace que nos levantemos de nosotros mismos y nos impulsa a estar junto a quien sufre o lo necesita. El cristiano va al encuentro del otro y comparte el don recibido, como la cercanía y las palabras de fe y de gozo que comparten Isabel y María: la gracia no la vivimos solos, la compartimos. Son dos mujeres de las que podemos, totalmente, decir que llevan en su interior el final de la espera y el inicio de la plenitud y del cumplimiento.

Hoy vivimos en unos tiempos en los que es muy fuerte la conciencia de los males que aquejan a nuestra Humanidad: males de tipo material, males de índole moral, males que afectan al conjunto de la sociedad en sus grandes valores de referencia y debilitan la cohesión, la convivencia y que han tocado profundamente ámbitos decisivos como la familia, la educación, la cultura, y que, en definitiva, afectan a las personas en edades y contextos distintos.

Los cristianos hemos visto y veremos en María el comienzo y la plenitud del remedio de los males profundos, los pecados y las muertes de nuestra Humanidad, por ello Ella canta, como hemos oído en el Magníficat, la obra salvadora de Dios, que derrama en nosotros su misericordia. Efectivamente, el Hijo de Dios, nacido de María, ha venido –como nos decía S. Pablo en la 2ª lectura- a rescatarnos, haciéndonos pasar de la esclavitud a la situación de hijos de Dios y herederos de los bienes de su redención. Que esta celebración nos haga parecernos a María, también en su fortísima esperanza, nacida de la lectura creyente de la acción de Dios en nuestra vida, en nuestra historia, haciéndonos personas positivas, dispuestas, por gracia, a salir, confiar, compartir.

Hermanos todos: desde aquel 9 de Agosto de 1418, nada menos que seiscientos años, día por día, esta querida ciudad ha recurrido a la Madre de Dios ayudada por la entrañable advocación de Virgen de las Nieves; en Ella se nos ha dado una Madre que está ante nuestros ojos como signo de amor y de la misericordia sin límites de nuestro buen Dios.

Que esta confianza sostenga nuestra oración en esta Eucaristía en la que daremos gracias por el gran don que es Ella misma, un gran regalo de Dios, recibido especialmente hoy hace seiscientos años; Eucaristía en la que debemos pedir por todos nuestros conciudadanos, nuestros difuntos, nuestros enfermos, nuestras familias, nuestras necesidades; en ella estamos invitados a suplicarle, ante su Hijo, a nuestra Virgen de las Nieves: “¡Madre, concédenos celebrar contigo el próximo Centenario, en el Cielo!”. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.